

XVI

Los imposibles.

—Aquí está,—dijo con orgullo.—¿Ves como la traigo?

Su respiración fatigada apenas le permitía articular las palabras.

Soñolienta y mal humorada, la pobre niña se dejó tomar en brazos por Leon, é inclinó la cabeza sobre sus hombros para dormirse allí.

—¿No le cuentas nada?—díjole Pepa acariciando sus manecitas.—Mona, alma mía, ¿no le cuentas lo que te he dicho?

La nena cerró los ojos, murmuró algo, entregándose sin miedo ni cuidado al sueño en el borde del abismo que á los piés de su descarriada madre se abría.

—Se duermen,—dijo Leon oprimiéndole dulcemente la cabeza para fijarla más sobre su

hombro.—Hablemos en voz muy baja, ya que lo terrible de la ocasión nos obliga á vernos y á no estar callados.

—Aquí no puede ser. Se oye desde ese corredor,—dijo Pepa levantándose y tomando á Leon de la mano.—Además tengo que enseñarte una cosa que está en otra parte. Es un secreto. Sígueme.

Dejóse guiar. Pepa abrió la puerta del museo y entraron. Allí había una bujía, que ella encendió. Condújole después por una pieza donde había cuadros viejos, y después entraron en una sala, en otra, en otra. Ella iba delante, y Leon, con Monina en brazos, la seguía sin hacer observación alguna. Al fin reconoció las habitaciones.

—Aquí no penetran los curiosos, ni esa turba de majaderos que han invadido á Suertebella,—dijo Pepa.

Y pasaron á una estancia que era la misma donde Monina había estado enferma con el *crup*. Una criada esperaba las órdenes de Pepa. Era la mujer de un mozo de Suertebella, en quien la señora tenía confianza; y como sus criadas estaban en Madrid, sirvióse de aquella para que cuidara á la niña. A ésta la acostaron pronto. Teresa quedó junto á la cama, con encargo de avisar si alguien llegaba. Pepa llevó á su amigo á la pieza inmediata.

—Es mi alcoba,—dijo la dama cerrando la puerta.—Aquí nadie nos puede sentir. Aquí está mi secreto. Siéntate... ¡Oh, Dios mio, qué pálido estás! ¿Y yo?...

—Tú también,—repuso Leon, sentándose fatigado.

—Somos espejo el uno del otro,—dijo ella tratando de endulzar con un grano humorístico la hiel que ambos apuraban en una misma copa.

El matemático no estaba en disposición de observar la rara elegancia del dormitorio, cuyas riquezas podían compararse á las que en tiempos de fé se gastaban en decorar capillas y altares; no paró mientes en los hermosos muebles de ébano incrustado de marfil, ni en el lecho negro, prodigio de ebanistería, que en sus vastas blanduras sin uso cubiertas con extraña tela oscura y dorada, tenía un no sé qué de tálamo sepulcral; ni se fijó en las pinturas religiosas con marcos de plata, algunas semejantes á las de María Egipcíaca, ni en la colgada lámpara esférica, recién encendida, y que, semejante á una luna, derramaba discreta claridad por la alcoba. Rica y misteriosa, la alcoba habría llamado la atención del buen amigo en otro momento; entonces, no.

—Tu secreto... ¿qué secreto es ese?—dijo con impaciencia.

—¡Mi secreto!...—afirmó Pepa llena de congoja.—¡Mi secreto es huir, huir! Consiente, y de aquí saldremos los tres sin que nadie nos vea.

—¡Huir... qué loco absurdo! —exclamó él llevándose el puño á la frente.—¡Y en qué momento! Tu conciencia, la mía, nuestro amor mismo deben protestar contra esa idea. ¡Olvidas lo que hace un momento ha sucedido en esta casa... ¡Dios! ¡Pretendes que ni siquiera haya en mí el respeto y la delicadeza que exige la muerte! ¡Quieres que apenas cerrados por estas manos aquellos ojos...! Horrible corazón el mio si tal consintiera! Merecería descender á más bajo puesto que el que tienen los que ya me llaman á boca llena *el asesino de María*... Ni comprendo que puedas amarme viéndome caer tan de golpe en la bajeza de una acción fea, torpe, escandalosamente inícuca é inmoral.

Cada palabra era para la infeliz una vuelta dada en el lazo que la estrangulaba.

Ambos callaron largo rato, sin mirarse. Repentinamente puso ella su mano sobre el hombro del matemático, le miró con aterrados ojos, y empleando un acento que él no había oído jamás, le dijo:

—Pues entonces, me voy con mi marido.

—¿Qué dices?

—Que tengo que someterme á él... ¿Lo quieres más claro?... O huir contigo ó enjaularme con la fiera.

En el interior de Leon hubo como un salto, fenómeno producido por la repercusion violenta del alma, si así puede decirse, rebotando en su centro.

—¿Lo quieres más claro?—añadió la dama, inclinándose hácia él y dejándole ver muy de cerca la expresion conminatoria de sus ojos chiquitos.—Gustavo podrá darte más pormenores. Gustavo ha conferenciado esta mañana con papá para decirle las pretensiones de Federico. Es su cliente; en las hábiles manos de ese jóven ha puesto el malvado la salvacion de sus derechos.

—Ya comprendo por qué me amenazaba con un arma misteriosa. ¿Estabas presente cuando Gustavo habló á tu padre?

—Sí... Mi padre acababa de revelarme el motivo de su pena, que era la aparicion de nuestro enemigo... El sabia por carta la vuelta de Federico. Pilar le dió anoche la noticia de que estaba aquí. El espanto no me habia dado aún respiro, cuando entró el hinchado juriconsulto. Venia, como amigo nuestro y de Federico, deseoso de arreglar nuestras diferencias antes de entrar en pleitos... ¡Hipócrita! Sus frases oratorias me hacian efecto

semejante al chirrido de una máquina sin aceite, que ataca los nervios y da dolor de cabeza... Mi padre y él estuvieron largo rato troteándose con palabrilas y floeos ridículos, que me indignaban. Yo hubiera puesto al abogado en la puerta de la calle. Ya supondrás su énfasis cargante y la complacencia con que me atormentaba... Despues de mucho hablar, dijo que ya tenia hecho el escrito de querella.

Pepa se detuvo para tomar aliento y fuerzas morales, de las cuales parecia tener un depósito inagotable.

—Mi padre,—prosiguió,—hizo muchos distingos y sutilezas... Yo dije que el valiente que se sintiera capaz de arrancarme á mi hija viniera á tomarla de mis brazos. Creo que en el calor de mi ira dirigí á Gustavo alguna palabra impropia. El pidió indulgencia por su intervencion, afirmando que no era más que un letrado... Deseaba que nos arregláramos, que en el juicio de conciliacion hubiera avenencia, que no diéramos un escándalo. Yo quise defenderme de la fea nota que echaba sobre mí; pero el grito de mi conciencia me detuvo, me hizo equivocár las palabras, y pensando probar que no soy culpable, creo que dije y proclamé lo contrario.

—¿Y qué más habló el furibundo moralista?

—Estuvo media hora citando leyes,—replicó la dama, arrojando otro grano humorístico en la copa de amargura.—Habló primero del Deuteronomio, despues dijo no sé qué cosa de los Germanos y de Tácito, luego citó... creo que á un señor Chindasvinto, á D. Alfonso el Sábio, y por último, creyendo que no nos habia mareado bastante, citó partidas, leyes, artículos, que sé yo. Oyéndole, yo me deleitaba...

—¿Te deleitabas?...

—Sí, era feliz pensando en lo bueno que seria cogerle y arrojarle en el estanque grande de casa para que fuera á enseñar leyes á las ranas y á los peces... El muy fastidioso, empleando palabras discretas y corteses, me dió á entender que toda la razon estaba de parte de su cliente, y que á éste le seria muy fácil probar mi culpa. Cuenta con testigos.

—¡Los testigos! ¿de qué? ¡Oh! yo dudo que puedan probar nada á pesar de su saña; pero te deshonorarán, arrastrarán tu nombre y tu dignidad por el lodo, y es fácil que pierdas á tu hija cuando ésta tenga la edad que marca la ley. Si huimos... entonces les damos prueba plena. Entonces sí que perderás á tu hija.

—¿Pero si nos vamos lejos?...

—No te acobardes ni pienses en la fuga, que es tu condenacion. Mientras él pleitea,

pleitea tú pidiendo á la ley que le imposibilite para ejercer la pátria potestad, por pródigo, malversador de fondos, falsario, por diversos crímenes que será fácil probar si tu padre te ampara.

—Comprendo tu idea y tu ilusion; pero voy á disiparla. Aún no sabes lo mejor, es decir, lo peor.

—¿Qué?

—¿Creerás que mi padre ha tomado con calor mi defensa?

—Sí.

—Pues te equivocas. ¡Ay! pobre de mí, pobre amigo de mi alma. Estamos solos, sin amparo; tenemos en contra la religion, las leyes, los parientes, los buenos y los malos, el mundo todo. Cuando el celeberrimo Gustavo me habló de las ventajas legales de su cliente, yo me enfurecí; pero conteniéndome dije que Federico no podia ejercer la pátria potestad; que si él insiste en presentar su querella, yo le acusaré... de todo eso que has dicho. Mi padre oyó esto con mucha calma, y al punto le ví inclinado á no sé qué horribles acomodamientos... Balbuciendo, dijo varias frases que me helaron el corazon... "mi hija será razonable,"... "es preciso que todos hagamos un sacrificio..." "Yo, si Federico conviene en algo aceptable... pues... ya se ve... no se pue-

de hacer todo lo que se quiere...», «Lo principal aquí es evitar el escándalo...», Esto de evitar el escándalo, que repitió más de veinte veces, me probó que mi padre no está decidido á defenderme como deseo. ¡Transaccion! ¡Y con quién, Dios mio! También habló de entenderse con los tíos de Federico, dos señores muy respetables, ya les conoces; el uno es magistrado del Supremo y el otro presidente de la Audiencia... ¿Qué saldrá de aquí? ¿En qué piensas? ¿qué dices á esto?

—Que si tu padre te abandona, fuerza será que combatas sola.

—Eso es, sí, me batiré sola. Bendito sea tu consejo. Tú me das los ánimos que me quita mi padre con su dichosa antipatía á la exageracion,—dijo Pepa extraordinariamente reanimada.—¡Si vieras qué armas tan formidables tengo!... Para enseñártelas te he traído aquí. Vas á verlas.

En un ángulo de la alcoba vió Leon, siguiendo con los ojos la señal de su amiga, un armario de ébano y marfil, no muy grande, rico y bello en materia y formas, con aspecto á la vez elegante y sólido. A este mueble se dirigió la dama, y abriéndolo mostró su interior, que era un laberinto de puertecillas, arquitos, gavetas, secretos, escondrijos. Impulsó resortes, y abrió desconocidos huecos.

—Esta parte de arriba,—dijo Pepa sonriendo,—se llama el *arca de la tristeza*. ¿Conoces esto?

Habia sacado del depósito un papel, que puso en las manos de Leon.

—Es una carta, una carta mia.

—Me la escribiste cuando yo estaba en el colegio y tú preparándote para entrar en la Escuela de minas.—Léela y reflexiona sobre lo que me decias en aquellos tiempos... «Que yo te habia inspirado un amor insensato...», Ríete ahora, si puedes, de tus tonterías de colegial... ¿A que no conservas tú mis cartas de colegiala, como yo conservo las tuyas? Yo no decia que mi amor era insensato, pero sabia que me ocupaba, dándome la forma interior, ¿entiendes? como todo lo que en nosotros tenemos de eterno... ¿Y esto, lo conoces?

—Es un alfiler de corbata,—dijo él tomándolo:—tambien es mio.

—Sí... Se te perdió en casa un dia que fuiste á comer... ya eras novio de la pobrecita...; pero yo tenia esperanza de que no te casaras con ella... Encontré esa prenda sobre la alfombra y la guardé... ¿Y estas flores, las conoces?

—Son las camelias que te dí un dia de San José.

—Sí... á la noche siguiente fuiste á verme

á mi palco y por primera vez te sorprendí mirando con mucho interés á...

—¡Pobres flores!... No pensé volverlas á ver aquí, ni que me hablaran como me hablan ahora removiendo en mí todas las ideas y todas las pasiones de mi vida. ¿Sabes que no están tan secas como parece debieran estar despues de tanto tiempo?

—Están embalsamadas con los infinitos besos que las he dado en todas las épocas de mi vida... Pero no nos entretengamos. Dame eso acá.

Recogió aquellos objetos y los fué poniendo en su sitio con maneras tan respetuosas cual si fuesen las más preciosas reliquias.

—Dormid aquí el sueño triste,—queridos compañeros,—dijo despues.—Ahora que has visto *el arca de la tristeza*, voy á mostrarte *el arca de los horrores*.

Sacó de recóndita gaveta un paquete de papeles, atado en cruz con cinta roja, como expediente de oficina. Leon lo tomó, comprendiendo lo que era, y ambos se sentaron para examinarlo.

—Ahí tienes,—dijo Pepa contagiada de horror á la vista de aquel legajo de ignominia,—diversos testimonios del martirio á que he vivido sujeta como esposa de un perdido; ahí tienes viles secretos que él me confiaba

en momentos de apuro, cuando necesitaba de mi bolsa. Cada hoja de esas es recuerdo de una deshonra que yo oculté cuidadosa, prueba de delitos que logré frustrar ó de los que quedaron ocultos entre la hojarasca de la Administracion pública. Examina eso y verás que tengo medios bastantes para declarar á Federico incapaz, no sólo de ejercer la patria potestad, sino tambien de vivir en el seno de una sociedad medianamente digna.

Leon examinó el paquete con curiosidad muy viva, pasando rápidamente por algunas partes, deteniéndose en otras. Vió cartas con firmas conocidas, contratos secretos, minutas, cuentas, papeles con sellos de oficinas públicas, hojas que evidentemente habian sido sustraídas de algun expediente famoso, una órden judicial que sin duda tenia la firma del juez arrancada por sorpresa... Despues de verlo todo, devolvió á Pepa el expediente de los horrores, diciéndole:

—Quema eso.

—Pues qué,—exclamó la dama con estupor, abriendo las manos para tomar el paquete, pero sin atreverse á tomarlo,—¿no me sirve?

—No,—dijo Leon.

—¿Que no sirve?... ¿no podré?...

—Poder sí... pero...